

Meditación sobre el estudio  
Un ensayo filosófico

COLECCIÓN DE ENSAYO

La Huerta Grande



Fernando Bárcena

**MEDITACIÓN SOBRE  
EL ESTUDIO**  
**UN ENSAYO FILOSÓFICO**



La  
Huerta  
Grande  
2023

© De los textos: Fernando Bárcena

Madrid, julio 2023

EDITA: La Huerta Grande Editorial

Serrano, 6. 28001 Madrid

[www.lahuertagrande.com](http://www.lahuertagrande.com)

Reservados todos los derechos de esta edición

ISBN: 978-84-18657-43-6

D. L.: M-22334-2023

Diseño cubierta: Editorial La Huerta Grande según idea original de Tresbien Comunicación

Imprime: Gracel Asociados, C/ Valgrande, 15. 28108 Alcobendas, Madrid

Impreso en España/*Printed in Spain*

«Tenía que mantener lejos de mí ese dolor mediante la reflexión. Y he aquí más o menos el fruto de mi pensamiento».

IRIS MURDOCH, *El mar, el mar*.

«La filosofía se nos aparece entonces originalmente no ya como una elaboración teórica, sino como un método de formación de una nueva manera de vivir y percibir el mundo, como un intento de transformación del hombre».

PIERRE HADOT, *Ejercicios espirituales y filosofía antigua*.

«¿Qué es estudiar? Estudiar es leer mientras se escribe».

PASCAL QUIGNARD, *El hombre de tres letras*.



Para Mónica Garre, *in memoriam*,  
que hizo y deshizo su tela, como  
Penélope, hasta que me vio llegar.

«Hay seres que justifican el mundo, que  
ayudan a vivir con su sola presencia».

(Albert Camus, *El primer hombre*).





## ÍNDICE

### MEDITACIÓN SOBRE EL ESTUDIO UN ENSAYO FILOSÓFICO

Prefacio. Con labios de granito	13
1. En la casa del estudio	35
2. Un saber de espiritualidad	59
3. Poética del estudio	93
4. Repetición	121
5. Ociosidad	141
6. Melancolía	167
7. Consuelo	189
Coda. El duelo y el estudio	203
Biblioteca	223
Agradecimientos	235



PREFACIO  
CON LABIOS DE GRANITO

Si no estuviese viva cuando vuelvan  
los petirrojos, al de la encarnada  
corbata, en mi memoria,  
echadle una migaja.  
Y si las gracias no pudiese daros  
porque profundamente ya me hubiese dormido,  
bien sabréis que lo intento  
con labios de granito.

Emily Dickinson, *La soledad sonora*.

Los muertos nos hablan con labios de granito. Nos cuentan, mudos, su historia, y si crearon alguna obra, al nosotros visitarla —en ese libro antiquísimo que leemos, por ejemplo— agradecen nuestro gesto con sus «labios de granito» y nosotros, balbuciendo, su alimento. Se ha dicho que una biblioteca es como una especie de casa de los muertos, un cementerio. La lengua hebrea tiene una expresión que designa «cementerio»: *beit hajaim*, que significa la «casa de la

vida», la «casa de los vivientes». Al parecer, según explica Delphine Horvilleur en *Vivir con nuestros muertos*, la palabra «vida», *jaim*, es plural, porque en esa lengua no existe vida en singular: cada uno tiene muchas vidas, que se trenzan entre sí. Y al morir un ser amado, nuestro lamento por su pérdida no invoca solamente lo truncado de una vida que ya no es, sino quizá lo que ha sido, como si ensalzáramos la vida que tuvo y que en el recuerdo todavía perdura.

Como el asunto de este libro es el estudio, entendido como una forma de vida, al posible lector de estas páginas quizá le resulte extraño que haya comenzado el párrafo anterior refiriéndome a los difuntos. Espero poder mostrar las razones que tengo para asignar a los ausentes un papel tan destacado en mi tema. Me adelanto a señalar ahora que toda muerte, como es obvio, impone una ausencia bajo la forma de una pérdida y, por tanto, alguna clase de duelo. Dicha pérdida puede referirse a un ser humano, pero como existen muchas clases de ocasiones de despedida en una trayectoria vital (la de la infancia, la de la madurez, la despedida de un país, de una tierra, y tantas otras), ese duelo también puede referirse —y el caso del estudio es, creo yo, manifiesto—, a alguna clase de pasado que, por quedar ya muy lejano, nos parece en realidad difunto. Mi tesis es que la vida estudiosa, como deseo considerarla aquí, tiene que ver con el sentimiento de dolor a causa de algo ya ausente y con la experiencia de una nostalgia.

Ofrezco al lector de este libro una meditación (filosófica) sobre el estudio (*studium*), una palabra cuyo

significado tiene que ver con el afán, incluso con el amor o con el ardor hacia algo; el estudio entendido como una forma de vida. Usaré esta palabra —meditación— en el sentido de la noción griega de la *melete* que, aunque propiamente constituye una forma de inactividad, es al mismo tiempo ejercicio y entrenamiento, una manera de enfrentarse con la cosa misma que ocupa el pensamiento. La meditación tiene relación con la acción, como cuando nos ponemos a pensar en lo que hacemos, y entonces entraña, a su vez, una interrupción, cierta detención o una parada. En ella estamos plenamente en el ser que somos. Meditamos o reflexionamos sobre algo y dejamos de hacer, nos quedamos quietos. En la meditación estudiosa nos disponemos en un determinado estado de ánimo que nos atrapa y en el que nos alojamos. Esta meditación es, entonces, ejercicio y ensayo, reiteración y repetición, interrupción y quietud, y quiero inscribirlo en el seno de esa tradición que, junto a una interpretación (teórica) más abstracta de la filosofía, y sin pretender rivalizar con ella, enfatiza la importancia de una versión quizá más existencial de hacer filosófico, una que hunde sus raíces en la Grecia clásica, aunque seguramente es muy anterior, y que nos enseñó a pensarla como un acto de transformación del individuo. En definitiva: filosofía como educación, como cura y como terapia, como consolación y guía espiritual, como autoformación y aprendizaje de la vida y de la muerte.

Lo que diré a propósito de la vida estudiosa tiene que ver con un estado de ánimo atento (pero también,

en cierto modo, distraído), con un cierto vagabundeo (y con un extravío), con una forma de experimentar el tiempo bajo la forma de la lentitud (como espera y como presencia propia en lo que nos pasa). En este sentido, como iremos considerando, el estudio es una relación con el mundo. Pero no nos adelantemos a los acontecimientos. Lo que me parece importante contar en estos momentos es que este ensayo tiene su propia historia, y que comenzó queriendo ser algo muy diferente de lo que ha resultado finalmente ser. Debo empezar narrando, entonces, cómo comenzó todo.

\*

Pues resulta que se me había metido en la cabeza que lo que yo quería hacer era escribir una novela. Sin embargo, la mera idea de imaginar una trama me atenazaba, porque anticipaba mi falta de talento literario y, por tanto, mi más que previsible decepción posterior. Quería escribir una novela, y simplemente era incapaz de ponerme a la tarea. Me acordé, entonces, del gran libro de Marcel Proust *En busca del tiempo perdido*, que había empezado a leer siendo yo mucho más joven, pero sin constancia en mi lectura, y decidí zambullirme de nuevo en ese mar de palabras, en esa fiesta del lenguaje y, sin saber muy bien cómo, y seguramente debido a una situación personal empíricamente desesperada, encontré la disciplina necesaria para pasarme un tiempo largo enfrascado en la pausada lectura de esa obra.